

PRÓLOGO DE FAUSTINO ONCINA COVES

Universitat de València

«TRAUMA» COMO CONCEPTO HISTÓRICO FUNDAMENTAL:
UN RETO PARA LA HISTORIA CONCEPTUAL DE NUESTRO PRESENTE¹

Con ironía reflexionaba Julio Cortázar sobre el encargo que recibió para redactar el prólogo a la edición en español de una novela de Dickens: «Un prólogo es algo que se escribe después, se pone antes, y no se lee ni antes ni después»². Esta opinión no exenta de predicamento entre nosotros chirría con la insoslayable capitalidad (muy alejada del prescindible carácter de apéndice periférico que se colige del citado comentario irónico) de prólogos en algunos textos clásicos (baste evocar como botón de muestra los de la *Crítica de la razón pura* de Kant). El nuestro carece de semejante prurito, pero tampoco pretende ser superfluo y quiere, más allá de la cortesía propia de estos menesteres, poner en valor un trabajo de investigación de gran calado y por eso aquí nos esmeraremos en no sólo acicatear enfáticamente su lectura, sino en resaltar los motivos que lo convierten en una obra de referencia que colma una llamativa laguna y lo hace asumiendo riesgos. Mas siquiera en la Universidad se debe cultivar el pensamiento arriesgado, retar al presente³.

¹ Este trabajo ha surgido en el marco del proyecto de investigación «Historia conceptual y crítica de la modernidad» (FFI2017-82195-P), financiado por MCIN/AEI/10.13039/501100011033/ y por FEDER Una manera de Hacer Europa, y del Grupo de Investigación homónimo de la Universitat de València (GIUV2013-037).

² Julio CORTÁZAR, «Ensayo preliminar» a Ch. Dickens, *Papeles póstumos del club Pickwick*, Barcelona: Círculo de lectores, 1981.

³ H. U. GUMBRECHT, «La tarea actual de las Humanidades», en *Lento presente*, Madrid, Escolar y Mayo, 2010, pp. 127-130. Véanse nuestras contribuciones a sendos monográficos en los que también participó la autora de este libro: *L'Inconscio. Rivista italiana di filosofia i psicoanalisi*, 8 (2019), pp. 15-38, y *Conceptos filosóficos* 5 (7) (2019), pp. 9-16. La última es el órgano del Centro de investigaciones en historia conceptual de la Universidad Nacional de San Martín de Argentina, que ofrece desde hace varios años un máster de historia conceptual. Ana Meléndez disfrutó de una beca en dicho centro desde el 20 de abril hasta el 20 de julio de 2017.

Espoleados por la entonces doctoranda Ana Meléndez Vivó, organizamos un simposio en Valencia en diciembre del año 2018 con el título *Sueño y trauma como material historiográfico* y así nos fuimos familiarizando (en este caso el plural se refiere a los miembros del grupo de investigación «Historia conceptual y crítica de la modernidad») con el tema del libro que presentamos, el cual afronta uno de los déficits proverbiales de la historia conceptual. La filosofía académica, por un huero autismo, ha dejado durante demasiado tiempo en barbecho tópicos que han hallado refugio en otras disciplinas, que incluso han acabado compitiendo, a veces encarnizadamente, con ella. Manuel Sacristán, un mito intelectual e ideológico para mi generación, hace ya algunas décadas, amonestó y rebajó las ínfulas de nuestro gremio al recordar que las principales innovaciones a nuestro repositorio cultural procedían últimamente de un economista (Marx), un médico (Freud) y un físico (Einstein), denunciando la cerrazón estéril de la rancia filosofía universitaria y la obsolescencia de sus nichos y pirámides institucionales⁴. Este libro, y el proyecto en que se encuadra, no rehúye un cierto mestizaje entre saberes y aspira sin complejos, alejado de la retórica pomposa de nuestra política científica oficial, a la interdisciplinaridad. La jactanciosa displicencia de la otrora reina de los saberes ha arrastrado a determinadas cuestiones (la memoria, la imagen, los afectos, v. g.) a la emigración, al exilio o a la pura y simple defenestración, laminando cada vez más el terreno a las tradicionales ciencias del espíritu. Un atento escrutinio nos descubre que, desde sus mismos orígenes, ella sintió una insaciable curiosidad por este espectro temático presuntamente subalterno. El árido autismo de las humanidades no se subsana anegándolas con un caudal inabarcable de giros, que las han mudado en un carrusel que causa vértigo sin que, como

⁴ El título del panfleto de Manuel SACRISTÁN rezaba *Sobre el lugar de la filosofía en los estudios superiores* (Barcelona, Nova Terra, 1968). Las 37 páginas de antaño han sido recogidas más recientemente en *Papeles de filosofía*, Barcelona, Icaria, 1984, pp. 356-380. Mientras tanto (por recurrir a una fórmula cara a este autor) se ha consolidado ya una *Rivista Italiana di Filosofia e Psicoanalisi*. Paradójicamente, la expresión de «pirámides espirituales» la empleó irónicamente Gumbrecht para despachar la historia conceptual germana (a sus diccionarios y a la elefantiasis lexicográfica los des/calificó como monumentos fúnebres), especialmente la asociada a la Escuela de Ritter (*Dimensionen und Grenzen der Begriffsgeschichte*, München, Fink, 2006, p. 7) Sin embargo, el propio profesor alemán nacionalizado norteamericano salva de la quema a Blumenberg y a Koselleck.

contrapartida, se obtengan pingües rendimientos cognoscitivos. Doris Bachmann-Medick⁵ espiga siete virajes más o menos consolidados: interpretativo, performativo, literario, poscolonial, traslacional, espacial y pictórico, pero se anuncian nuevos: el mnemotécnico, el medial, el narrativo, el cognitivo, el digital, el experiencial, el emocional, el biográfico, el imperial, el biopolítico, el dialógico, el neurobiológico, el onírico, el global... Debemos preguntarnos si este turbión de giros, o más bien modas, ha dado efectivamente algún giro fructífero a nuestros saberes y si muchos de ellos no son distintos alias de lo mismo. Desde luego es incontestable que lo han hecho los ya establecidos: el lingüístico (tanto en la versión hermenéutica como en la analítica) y el icónico. Algunos de tales giros nacieron apátridas, o pronto se ganaron la fama de transfronterizos, como el memoriográfico, originario de la historia del arte inspirada por un personaje singular como Aby Warburg, o el performativo, tributario de la dramaturgia.

Nuestra autora se ha formado en el seno del grupo de investigación «Historia conceptual y crítica de la modernidad» de la Universitat de València, pero cuenta con un amplio recorrido interuniversitario e internacional, pues ha realizado provechosas estancias en el Centro de Investigaciones en historia conceptual de la Universidad Nacional de San Martín (Buenos Aires) y el Romance Studies Department en la Universidad de Cornell (New York). Allí tuvo ocasión de codearse con un elenco de profesores excepcional, desde Claudio Ingerflom hasta Enzo Traverso. Ana Meléndez, en su estudio del trauma, combina con solvencia las directrices metodológicas de la historia conceptual germana y anglosajona: la semántica y la pragmática, la diacronía y la sincronía, la onomasiología y la semasiología, obteniendo ventajosas prestaciones heurísticas para su investigación. Pero, además, se ha pertrechado de un valioso bagaje psicoanalítico, que contrasta con el pudor y hasta la reluctancia que ha mostrado la *Begriffsgeschichte* con él. Koselleck, aunque no precisamente desde esta perspectiva, sí se atrevió a abordar sin complejos uno de sus vergeles temáticos, el de los sueños. Un volumen posterior a la muerte de Joachim Ritter, alma máter del *Diccionario histórico de la filosofía*, le dedicó

⁵ D. BACHMANN-MEDICK, *Cultural Turns. Neuorientierungen in den Kulturwissenschaften*, Hamburg, Rowohlt, 2009³; H. BÖHME, «Vom turn zum vertigo. Wohin drehen sich die Kulturwissenschaften?», *Journal of Literary Theory* (JLT-online 19-5-2008).

una entrada⁶ a «sueño» (*Traum*), pero no a «trauma» (*Trauma*). Koselleck, cuyo lexicón no llegó a incluir estas voces, acabó reconociendo en los sueños un caladero histórico irrenunciable en al menos tres niveles: en el biográfico individual, en el transpersonal de las relaciones y los conflictos socio-políticos y en el de la valencia simbólica secular⁷.

Ni Freud ni el psicoanálisis han sido hasta ahora muy tentadores para la historia conceptual, tal vez porque relativizan la aspiración de la razón a la autonomía e invalidan la consabida ecuación entre lo psíquico y lo consciente⁸. El trabajo que prologamos arranca de cuajo tal dinámica, siempre con honrosas excepciones, y rompe valientemente con esta mutua indiferencia. Recordemos la conciencia de desclasados en sus estamentos que tenían Koselleck, etiquetado por Gadamer como el «historiador pensante», y Blumenberg. Ambos frecuentaron desde sus inicios el grupo *Poética y hermenéutica*. La simiente de tan heteróclita pléyade fue una disidencia de la Comisión Senatorial para la historia conceptual que auspiciaba la *Deutsches Forschungsgemeinschaft* bajo la férula de su presidente, Gadamer. Entre esos apóstatas, denominados «jóvenes turcos»⁹, de una institución comandada erráticamente por la flor y nata de la generación pasada, Gadamer¹⁰, flanqueado por Erich Rothacker y Joachim Ritter, dos veteranos con

⁶ Los autores de esta entrada fueron R. GRÖTKER, P. MUCKEL, P. PROBST y F. J. WETZ, *Traum*, en J. RITTER, K. GRÜNDER, y G. GABRIEL (eds.), *Historisches Wörterbuch der Philosophie*, vol. 10, Basel, Schwabe, 1998, pp. 1461-1473.

⁷ Véase su Epílogo a la edición alemana del libro de Ch. BERADT, *Das Dritte Reich des Traums* (Frankfurt am Main, Suhrkamp, 1981, p. 122).

⁸ E. MÜLLER y F. SCHMIEDER, *Begriffsgeschichte und historische Semantik. Ein kritisches Kompendium*, Frankfurt am Main, Suhrkamp, 2016, p. 628. Los autores de este compendio destacan el interés para la historia conceptual de la investigación psicoanalítica del significado llevada a cabo por Sigmund FREUD, Hans SPERBER y Adolf JOSEF STORFER (pp. 628-637).

⁹ M. KRANZ, «Begriffsgeschichte Institutionell. Die Senatskommission für Begriffsgeschichte der Deutschen Forschungsgemeinschaft (1956-1966). Darstellung und Dokumente», *Archiv für Begriffsgeschichte*, 53 (2012), pp. 143-226, aquí p.174. Véase también M. KRANZ, «Begriffsgeschichte institutionell. Die Kommission für Philosophie der Akademie der Wissenschaften und der Literatur Mainz unter den Vorsitzenden Erich Rothacker und Hans Blumenberg (1949-1974)», *Archiv für Begriffsgeschichte*, 54 (2013), pp. 119-194.

¹⁰ La exclusión de Gadamer la juzgan hoy ambivalente los propios protagonistas del grupo. En el reciente volumen de entrevistas a protagonistas del grupo, K. STIERLE señala

un dudoso currículum pardo, descollaban dos estrellas fulgurantes, Hans Blumenberg y Hans Robert Jauss, erigidos en dos de los cuatro «arcontes», esto es, de los fundadores de ese nuevo grupo díscolo. El cuarto congreso de este foro itinerante se celebró entre el 9 y el 13 de septiembre de 1968 (año preñado de turbulencias), con el título *Terror y juego. Problemas de la recepción de los mitos* (*Terror und Spiel. Probleme der Mythenrezeption*). En el texto de Blumenberg con el que se abrirá el volumen recopilatorio de las actas, *Concepto de realidad y potencial de repercusión del mito* (*Wirklichkeitsbegriff und Wirkungspotential des Mythos*), proponía una fenomenología de la recepción del mito que pretendía contrarrestar la tradicional comprensión de lo mitológico encallada en el antagonismo entre mito y *logos*. En el marco de esa conferencia alude a Freud y a su libro *Moisés y la religión monoteísta*. El hanseático empezó a ocuparse del austríaco a lo más tardar en la segunda mitad de la década de 1960. Allí toma en consideración el modelo de latencia y repetición, tal como lo elaboró Freud en la doctrina de la neurosis traumática y en la «especulación, sumamente controvertida, acerca del origen egipcio de Moisés y de su religión»¹¹, para clarificar la transmisión del patrimonio mitológico. En las décadas de 1970 y 1980 se dedicó a un estudio sistemático de Freud, como evidencian tanto sus minuciosas listas de lecturas como el barrido de diversas obras —*La legitimidad de la edad moderna* (en la edición ampliada de 1974), *Trabajo sobre el mito* (1979), *La legibilidad del mundo* (1981) y *Salidas de la caverna* (1989)—, amén de impartir en Münster en el semestre de invierno de 1980-1981 una

que «la hermenéutica de Gadamer inspiró tanto a Jauss como a Dieter Henrich, Wolfgang Iser, Wolfgang Preisendanz, Reinhart Koselleck y Juri Stiedter, incluso a mí mismo». F. FELLMAN, en cambio, considera el repudio de la hermenéutica gadameriana como una de las premisas del programa teórico del grupo concebido por Blumenberg y Jauss (P. BODEN y R. ZILL, *Poetik und Hermeneutik im Rückblick. Interviews mit Beteiligten*, Paderborn, Wilhelm Fink, 2017, pp. 29, 109).

¹¹ M. FUHRMANN (ed.), *Terror und Spiel. Probleme der Mythenrezeption*, *Poetik und Hermeneutik IV*, München, Fink, 1971, pp. 13 y 24 (trad. esp., *El mito y el concepto de realidad*, Barcelona: Herder, 2004, pp. 14, 35). Tal vez incluso mejor que hablar de fenomenología convendría hablar de funcionalización del mito. En la propia dicción de Blumenberg, éste describe que su reflexión se pregunta «por la función de los procesos de recepción mitológica en tanto que indicadores de los modos históricos de comprender la realidad» (p. 14).

serie de lecciones sobre «Lo filosófico en Freud»¹². Aun tratándose de dos personalidades y currículos diferentes, entre Rothacker y Blumenberg hubo una química especial, no así con Ritter, a quien sucederá en su cátedra. El ritteriano Odo Marquard, uno de los pocos historiadores conceptuales en su variante filosófica que flirteará con el muñidor del psicoanálisis y con algunos de sus resortes (principio de realidad, función de compensación...), también intervendrá en el evento citado con una ponencia sobre la filosofía de la mitología de Schelling, que la rentabilizará para señalar y estigmatizar los perniciosos derroteros de la filosofía de la historia idealista: el marxismo y la crítica izquierdista a la democracia liberal¹³.

La poetología de los sueños, de ese mundo bajo los párpados con tensos y densos lazos con lo sagrado, el tiempo y la muerte, es polícroma y longeva y va desde la Biblia al irreverente surrealismo bretoniano, con incontables eslabones y epígonos (desde Artemidoro a Aristóteles en la antigüedad hasta lumbreras modernas como Descartes, Rousseau, Kant, Schopenhauer...) que plantea a la par el problema de su figuración —por qué medios es representable— y de sus límites. Ya hemos deslizado que en sus primeros pinitos académicos y científicos ya osó Ana Meléndez allegarse a este terreno poco frecuentado por la bibliografía¹⁴. Koselleck mismo lo encara con el propósito de deslindar entre ficción y realidad histórica¹⁵, y aún más profunda es su ligazón con otro viraje de mayor calado: el giro icónico. Entre éste y lo onírico barrunta una vigorosa afinidad y afirma la legitimidad de lo visual como fuente histórica. El sueño posee un carácter anfíbio: vive en la más íntima soledad, pero no es opaco al influjo de su entorno y, registrado por escrito o ilustrado gráficamente, ingresa

¹² H. BLUMENBERG, *Rigorismus der Wahrheit. «Moses der Ägypter» und weitere Texte zu Freud und Arendt*, Berlín, Suhrkamp, 2015, pp. 107-108.

¹³ «Zur Funktion der Mythologiephilosophie bei Schelling», en M. FUHRMANN, (ed.), *Terror und Spiel, op. cit.*, pp. 257-263; *Adiós a los principios* [1981], Valencia, Alfons el Magnànim, 2000, pp. 16 y ss.; *Transzendentaler Idealismus, romantische Naturphilosophie, Psychoanalyse*, Köln, Dinter, 1987.

¹⁴ Ana MELÉNDEZ, «El sueño como fuente historiográfica: más allá del principio de placer», *Pasajes. Revista de Pensamiento Contemporáneo*, 47 (2015). pp. 124-137. Cf. J. SIBRUELA, *El mundo bajo los párpados*, Girona, Atalanta, 2010.

¹⁵ La conferencia «Ficción y realidad histórica», pronunciada en el congreso de los germanistas de 1976, está incluida en Reinhart KOSELLECK, *Esbozos teóricos. ¿Sigue teniendo utilidad la historia?*, Madrid, Escolar y Mayo, 2013, pp. 107-123.

en los códigos públicos. El catedrático de Bielefeld tendió un puente (o mejor dicho, varios de la mano de Beradt y Cayrol) entre sueño y trauma al evocar una experiencia (vivida o soñada, ni siquiera él mismo es capaz de identificarla como real u onírica) cuasi apocalíptica y premonitoria de una barbarie inconcebible¹⁶. La discusión con el Tercer Reich la iniciará con la investigación de un fenómeno preterido por los historiadores: los sueños¹⁷. Además de

¹⁶ Esa visión onírica o esa realidad que supera la ficción del caballo (ya sin jinete) del apocalipsis de 1942 funge de cifra de la autodestrucción de la humanidad. Tal episodio siniestro sepultado en su memoria lo desentierra sesenta años después. El 23 de diciembre de 2002 tradujo en palabras la imagen de un caballo gravemente herido que había visto en el verano de 1942: «Vi a los muertos con la mitad del cráneo destrozado —en Borisow tras su reconquista—, pero estaban muertos. Luego vi uno de esos caballos con la mitad del cráneo destrozado, y estaba vivo; galopaba a lo largo de la columna de marcha, era la desesperación misma ante la muerte; nadie podía rematarlo, porque ni un caballo de carreras podía adelantarle y porque un disparo desde una posición fija habría puesto en peligro a los soldados que marchaban. Y el caballo siguió corriendo con su medio cráneo, como una inversión del apocalipsis: el caballo no era un mensajero de la muerte; era la encarnación de la autoaniquilación humana, que arrastra consigo a todo lo viviente» (Ulrich Raulff, *El último siglo de los caballos. Historia de una separación*, Madrid, Taurus, 2018, pp. 275-276). Se trata de una anotación manuscrita extraída de sus papeles póstumos depositados en el Centro alemán de documentación de historia del arte de Marburgo.

¹⁷ Jean CAYROL, escritor francés y miembro de la resistencia, encarcelado varios años en el campo de concentración Mauthausen-Gusen, recopiló los «sueños concentracionarios» de los supervivientes en *Lázaro entre nosotros* [*Lazarus unter uns*, Stuttgart, Schwab, 1959; el original francés, *Lazare parmi nous*, apareció en 1950 en París, Éditions de la Baconnière (Boudry) y Éditions du Seuil]. La periodista germanojudía Charlotte BERADT (1907-1986) había empezado en 1933 en Berlín a coleccionar relatos de sueños y, hasta 1939, consiguió reunir material de más de 300 personas, que envió al extranjero para salvaguardarlo. En el exilio neoyorkino lo compiló en su obra *El Tercer Reich del sueño*, una estremecedora antología de pesadillas. Se desvió desde el principio del rumbo psicológico y psicoanalítico imperante. El título no reza *Der Traum im Dritten Reich* (*El sueño en el Tercer Reich*), sino *El Tercer Reich del sueño* (en castellano se ha vertido como *El Tercer Reich de los sueños*, Logroño, Pepitas de calabaza, 2019, y el posfacio de Koselleck ha sido sustituido por el de Barbara Hahn, tal como ocurre en la última edición alemana del libro en 2016). El sueño recorre tres reinos: el anterior a Freud, el freudiano —los sueños formateados psicoanalíticamente— y, 33 años después de la dictadura hitleriana, un nuevo reino, pura mena histórica (Barbara HAHN, *Endlose Nacht. Träume im Jahrhundert der Gewalt*, Berlín, Suhrkamp, 2016, p. 36). En los sueños recogidos no se expresaban neurosis fundadas en el pasado personal, sino conflictos referidos al presente con el entorno socio-político, y «repletos de información sobre los afectos y motivos de los hombres al insertarse como

explorar diversos catálogos de éstos gestados por el trauma del nacionalsocialismo, sondeó otro potencial, explotado desde la Antigüedad de la mano de Artemidoro¹⁸, su «fuerza profética, que también penetra en los diagnósticos de los análisis de hoy, siendo utilizada como terapia y como pronóstico». No es baladí recalcar que la historia conceptual es inescindible de una teoría de los tiempos históricos, que ha impulsado novedosos estudios sobre las representaciones pasadas del porvenir y sobre la futurología¹⁹. Ana Meléndez añadirá esta perspectiva temporal en su examen del concepto de «trauma».

Los términos son definibles, pero los conceptos son interpretables, porque sólo lo que se escapa a la definición tiene historia, sostiene Koselleck con cierto retintín nietzscheano²⁰. Si los conceptos fundamentales son controvertidos por su indómita equívocidad, el caso que nos ocupa es especialmente farragoso. La filosofía, a pesar de sus esporádicos recelos y escrúpulos, no se recata hoy en coquetear ya a cara descubierta con lo que antaño, rememoremos la expulsión

ruedecillas en el mecanismo totalitario». Para KOSELLECK constituía «una colección de fuentes de una calidad única y asombrosa», en la que se inscriben experiencias inmediatas del Tercer Reich. Este reconocimiento lo confirmó en el epílogo que escribió en 1981 para la edición de bolsillo en Suhrkamp.

¹⁸ Artemidoro DE DALDIS en Lidia es un escritor griego del siglo II d. C. y autor de un manual onirocrítico (*La interpretación de los sueños*, Madrid, Gredos, 1989) dividido en cinco libros, en los que expone una clasificación de los sueños y una preceptiva del mundo onírico para su desciframiento y recoge una casuística amplísima para facilitar su aplicación.

¹⁹ Véanse R. KOSELLECK, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993; *id.*, *Aceleración, prognosis y secularización*, Valencia, Pre-Textos, 2003; Lucien HÖLSCHER, *El descubrimiento del futuro*, Madrid, Siglo XXI, 2014; Faustino ONCINA (ed.), *¿Tiene porvenir el futuro?*, Plaza y Valdés, Madrid, 2022 (Ana MELÉNDEZ redactó para este volumen el capítulo «Psicoanálisis e historia. La función del duelo en la rehabilitación del futuro», pp. 205-221) y mi Introducción, *Vueltas a Koselleck: entre la historia para ver y la disputa de los historiadores tres décadas después*, a una segunda edición de R. KOSELLECK, *Modernidad, culto a la muerte y memoria nacional*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2020, pp. IX-LI. Si bien el arte de interpretación de los sueños en la antigüedad es una rama del género del augurio —con la excepción aristotélica que impugnó su valor predictivo—, en el psicoanálisis, «por el contrario, los sueños no se alimentan de la profecía, sino del recuerdo. El vector semiológico no señala al futuro, sino al pasado. La dinámica de la opacidad no es la de lo desconocido, sino la de lo borrado» (G. STEINER, *Pasión innata*, Madrid, Siruela, 2001³, p. 223).

²⁰ *Futuro pasado*, *op. cit.*, pp. 117-118, 123-124.

de los poetas de la *República* platónica²¹, trataba de exorcizar: pasiones, afectos... Pero un atento escrutinio, más allá de los férreos estereotipos, nos descubre que la filosofía, desde sus mismos orígenes, se ha sentido atraída por este espectro temático presuntamente subalterno y que ni fueron en su momento hijos bastardos ni tiene que tratarlos ahora como hijos pródigos. ¿Emerge ahora el ser humano, animal racional, como animal emocional? Copérnico y Darwin le bajaron los humos y Freud incluso le advirtió de que su ego ni siquiera era el amo y señor en su propia casa. ¿Supone el presente énfasis en ese aspecto una nueva humillación de nuestra imagen del ser humano jaleada filosóficamente? La filosofía contemporánea, ya sin complejos, ha incorporado los sentimientos al reino de la razón, pero «¿Cómo estudia un filósofo los sentimientos? [...]. Cuando en filosofía se habla de método, significa a menudo análisis conceptual [...] y conviene no olvidar lo difícil que resulta expresar esta dimensión con palabras, y por eso se acude humildemente a la literatura»²², crisol de las emociones por antonomasia, pero ante desgarros abisales se tambalea el decir y le tienta abandonarse o al silencio o al mostrar. El trauma es definido en el reciente *Diccionario de la memoria colectiva*²³ como un «afecto caótico y aterrador, dejando tras de sí un estado de devastación psicológica. La vivencia de situaciones de violencia política extrema produce profundos efectos psíquicos y psicosociales que han sido agrupados bajo la denominación de trauma psicosocial o trauma político». De esta guisa se condensa el meollo de la historia del concepto, aun sin agotar todos los afluentes y matices etimológicos. Si ya de por sí las emociones, escurridizas e inaprehensibles, constituyen un fuego fatuo para el lenguaje, la noción en liza

²¹ Libro X, 595 a-608c. Esta condena de la poesía no procedía tanto de un examen intrínseco del ars poética, como de la influencia nefasta que ejercieron en el pueblo los poetas —Homero y los trágicos—, que contribuyeron a entusiasmarlo en lugar de hacerlo reflexionar y a hacer creer a los menos instruidos que sabían algo. La poesía se malquista con el razonamiento porque da lecciones sin apoyarse en argumentos. Además, la tragedia pone en escena la pasión y nos la hace simpática (605b).

²² M. HARTMANN, «Das emotionale Tier. Heute weiss die Philosophie, dass Gefühle nicht der böse Gegenspieler der Vernunft sind. Sie können selbst auch sehr vernünftig sein», *Die Zeit*, 6-9-2012, pp. 54-55; F. ONCINA y E. CANTARINO (eds.), *Giros narrativos e historias del saber*, Madrid, Plaza y Valdés, 2013, pp. 7-23.

²³ María Isabel CASTILLO, «Trauma», en R. VINYES, *Diccionario de la memoria colectiva*, Barcelona, Gedisa, 2018, p. 475.

es extremadamente versátil y abigarrada. Ana Meléndez se vale de un apuro propio del enfoque koselleckiano, el análisis estratigráfico, para ir destapando las distintas capas semánticas que se sedimentan en dicha formación conceptual. Con τραῦμα ya el mundo clásico se refería tanto a heridas físicas como a espirituales, mas en la actualidad ha cuajado una polarización semántica y se utiliza el término «trauma» para una lesión psíquica y «traumatismo» para una corporal. Si hasta finales del siglo XIX «trauma» circulaba en contextos médico-quirúrgicos para designar un daño somático provocado mecánicamente, las investigaciones neurológicas siguientes ahondaron en la incidencia de los afectos en el comportamiento humano y en sus secuelas patológicas a través de sus síntomas conductuales y anamnéticos. Así se fue apuntalando la noción de «memoria traumática» uncida al impacto de factores sociohistóricos²⁴. Luego se trata de un concepto polisémico que burla las aduanas disciplinares y campa a sus anchas en múltiples áreas de conocimientos y especialidades, por lo que urge una labor de alambicamiento.

Ciertamente, a la historia conceptual no le ha llegado el giro afectivo.²⁵ Javier Fernández Sebastián, una de nuestras brújulas en este terreno, ya señalaba la emocionalización²⁶ como un criterio que debería complementar los enunciados por Koselleck en su introducción a *Conceptos históricos fundamentales*. Éste mismo fue una excepción entre los historiadores conceptuales y los asiduos a los encuentros del grupo «Poética y hermenéutica» (como subraya Gumbrecht²⁷),

²⁴ A. ASSMANN, *Ein deutsches Trauma? Die Kollektivschuldthese zwischen Erinnern und Vergessen*, *Merkur*, 53/12 (1999), pp.1142-1155, Rafael PÉREZ BAQUERO, *Trauma, recuerdo y duelo. Una aproximación filosófica a las relaciones entre memoria e historia*, Granada, Comares, 2021.

²⁵ Ver Margrit PERNAU e Imke RAJAMANI, «Emotional Translations, Conceptual History Beyond Language», *History and Theory*, vol. 55, n.º 1, 2016, pp. 46-65.

²⁶ Javier FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, «Introducción. Hacia una historia atlántica de los conceptos políticos», en *Diccionario político y social del mundo iberoamericano. La era de las revoluciones, 1750-1850* [Iberconceptos-I]. Madrid, CEPC, 2009, pp. 25-45, aquí p. 30.

²⁷ GUMBRECHT, *Dimensionen und Grenzen*, *op. cit.*, p. 30. La conferencia en el foro de *Poética y hermenéutica* en 1979, «Terror y sueño. Notas metodológicas para las experiencias del tiempo en el Tercer Reich» (*Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona, Paidós, 1993, pp. 267-286), fue escuchada mayoritariamente por su auditorio con un mohín de disgusto e incomodidad por desafiar frontalmente una «latencia [general] de la posguerra» en las ciencias del espíritu germanas.

tan proclives a pasar en silencio la cuestión de los traumas históricos, sobre todo el del genocidio perpetrado por el nazismo, y prestos a destacar los efectos beneficiosos que comportó esa actitud de mutismo para la democracia germana de la posguerra (Christian Meier y Hermann Lübke, v. g.). El profesor de Bielefeld rescató los sueños, y más concretamente los traumáticos y los de los traumatizados (quedó profundamente impresionado por las colecciones de Jean Cayrol y de Charlotte Beradt), como una fuente historiográfica que no debe ser desdeñada ni devaluada. En sus seminarios sobre las representaciones de la muerte y la abyección concentracionaria fue oscilando desde una «semiótica de la inefabilidad», a través de una semántica del «absurdo», a la «esfera de la no comunicabilidad» y a los «monumentos negativos»²⁸. Hay unanimidad, no obstante, en destacar la carencia de entradas sobre las emociones en el diccionario *Conceptos históricos fundamentales*. Pero Koselleck nunca persiguió cerrar hermética ni definitivamente su elenco lexicográfico ni su tabla categorial²⁹. Al contrario, reconoció la incompletud de su diccionario y sometió a sus categorías a un continuo reciclaje.

Hoy constituye casi una perogrullada afirmar que la historia conceptual no es solo una praxis lexicográfica, por lo demás con boyantes y muy prove-

²⁸ J. E. DUNKHASE, *Absurde Geschichte. Reinhart Koselleck historischer Existentialismus*, Marbach am Neckar, Deutsche Schillergesellschaft, 2015.

²⁹ Según su Introducción a *Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland* (GG) (Stuttgart, Klett-Cotta, 1972-1997), el léxico tiene relación con el presente (*gegenwartsbezogen*), pues los conceptos del mundo moderno son también los nuestros, y allí propone un catálogo de cuatro tendencias epocales (destacando la de temporalización) que caracterizan el vocabulario de la modernidad, susceptible de compulsa empírica y sin pretensión de completud o totalidad (*Anspruch auf Vollständigkeit*) criteriológica. La Histórica koselleckiana, que desde sus orígenes forcejea con Heidegger y Gadamer, planteó inicialmente cinco pares antitéticos: dentro/fuera (interior/exterior [secreto/publicidad], antes/después [padres/hijos], arriba/abajo [amo/esclavo], morir/poder matar, amigo/enemigo, como «una clase de categorías trascendentales de posibilidad de historias». Dicho catálogo, en absoluto cerrado, sufrirá una criba posterior hasta quedar reducido a los tres primeros por las objeciones vertidas contra la falta de neutralidad ideológica de varias categorías (KOSELLECK y GADAMER, 1997, pp. 73-86; KOSELLECK, 2005). En las categorías purgadas resuena el eco de los llamados sibaritas de la barbarie (HEIDEGGER, ERNST JÜNGER, CARL SCHMITT...), cuya jerga sirvió a la legitimación del nacionalsocialismo y de la estrategia belicista y concentracionaria. Koselleck hizo aquí una discreta autocrítica ideológica. Pero lo verdaderamente relevante es que no clausura ni la nómina de conceptos fundamentales ni la de categorías.

chosos réditos, sino también una teoría de los tiempos históricos (ya la célebre introducción metodológica de Koselleck al macrodiccionario *Geschichtliche Grundbegriffe* alentaba esta posibilidad, al remarcar la estructura temporal ínsita en la misma índole del concepto, entendido como índice y factor, como experiencia y expectativa). Y también esto lo tiene en cuenta Ana Meléndez en su indagación de si «trauma» puede considerarse un concepto histórico fundamental. Es una prometedora tentativa la de engastar el psicoanálisis en la semántica histórica y ponerla a prueba en un concepto ausente, el de trauma, en los léxicos canónicos. Por un lado, coadyuva así exitosamente a colmar un vacío, y, por otro, conecta brillantemente ambas orillas, la psiconalítica y la histórico-conceptual, a través del protagonismo del tiempo. Como bien señala la autora, la salida del concepto de trauma de su nicho clínico tiene mucho que ver con la cuestión de la memoria traumática, y en Koselleck este asunto representa aún *terra incognita*, al echar todavía de menos un estudio riguroso de su teoría mnemónica.

No se le debe privar a la historia conceptual de su derecho a evolucionar tanto metodológica como temáticamente. Aún quedan cabos sueltos y le aguardan nuevos desafíos, pues no puede sustraerse al imperativo de la historicidad. Ellos continuarán marcando sus derroteros. Las diversas iniciativas en marcha para remozarla (las lideradas por Ute Frevert y Margrit Pernau desde el Instituto Max-Planck para el Desarrollo Humano³⁰ o por Ernst Müller, Falko Schmieder y Barbara Picht en el Instituto Leibniz de investigación literaria y cultural³¹, ambos sitios en Berlín) se han comprometido a afrontar un ámbito tan resbaladizo como el de las emociones. El diálogo, casi inédito hasta ahora, que Ana Meléndez entabla con la constelación freudiana se sitúa en la vanguardia de estos proyectos.

³⁰ Ute FREVERT, «The Modern History of Emotions: a Research Center in Berlin», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 36 (2014), pp. 31-55; Margritt PERNAU, «Nuevos caminos de la historia conceptual», *Conceptos históricos*, 5(8), pp. 12-47, en particular pp. 28-33.

³¹ ERNST MÜLLER, BARBARA PICHT y FALKO SCHMIEDER, «Das 20. Jahrhundert in Grundbegriffen. Lexikon zur politisch-sozialen und kulturellen Semantik in Deutschland», *Archiv für Begriffsgeschichte*, Bd. 63, Heft 1 (2021), pp. 7-29. Aquí expresamente se propone «trauma» como un concepto histórico fundamental del siglo xx (p. 27) y por tanto será recogido en el diccionario que planean publicar en los próximos años en la editorial Schwabe.

Creemos (aquí hablo también en nombre del otro codirector de su tesis doctoral, mi colega en la Universitat de València, Nicolás Sánchez Durá) que en nuestro país no somos lo suficientemente conscientes de la contribución de los becarios predoctorales al acervo científico y cultural. La labor desarrollada por Ana Meléndez, ya doblemente laureada³², es un buen botón de muestra de esa aportación. Más allá de ese dato absolutamente innegable hay otra circunstancia *prima facie* menor (quizá porque no es mensurable por publicaciones e índices de productividad), pero con una impronta mayor en la dinámica docente e investigadora, porque suponen un continuo estímulo intelectual para sus directores y tutores, en definitiva para el mundo académico y científico y por eso se merecen nuestro reconocimiento. Ana ha aprendido algo de nosotros, pero tanto mi colega como yo mismo hemos aprendido mucho de ella y con seguridad también lo harán los lectores de este exigente volumen.

³² Mención honorífica en la «I Edición Premios Internacionales Hercritia-Santander hermenéutica en español “Teresa Oñate & Ángela Sierra”» y Mención honorífica en el Premio Luis Díez del Corral 2021 del Centro de Estudios Políticos y Constitucionales. Queremos de nuevo agradecer al tribunal que, a pesar de la incipiente amenaza pandémica, juzgó su tesis doctoral. Se trató de una comisión de lujo integrada por las profesoras Elena Cantarino (Universitat de València) y Sabina Loriga (École des Hautes Études en Sciences Sociales de París) y el profesor de investigación del CSIC Roberto Rodríguez Aramayo, que le concedieron la Mención cum laude y leyeron con un encomiable espíritu crítico ese trabajo. Una vez más les manifestamos nuestro reconocimiento, pues sus comentarios ayudaron decisivamente a depurar en este libro algunas de las primeras excrecencias de su versión originaria y a que el resultado final haya ganado en lustre.

INTRODUCCIÓN GENERAL

1. JUSTIFICACIÓN Y OBJETIVOS DE LA INVESTIGACIÓN

El concepto de trauma se ha convertido en un *lugar común* de la cultura contemporánea. La propagación sin precedentes de tal noción por diferentes campos epistémicos y múltiples contextos culturales, tanto en su acepción clínica como en su sentido metafórico aplicado a acontecimientos históricos colectivamente percibidos como terribles y dolorosos, ha propiciado que el significante «trauma» se instituya en símbolo por excelencia de una gran variedad de experiencias vinculadas con la devastación y el sufrimiento, ya sean estas personales (violación, tortura, enfermedad, accidentes) o colectivas (genocidios, guerras, terrorismo, catástrofes naturales). La capacidad semántica del concepto para aprehender tal disparidad de vivencias junto con sus consecuencias, y además hacerlo en diversos sentidos (psíquico/histórico, literal/metafórico, individual/grupal, manifiesto/latente), hace del trauma un concepto absolutamente inestable y constitutivamente ambivalente en torno al cual se ha generado un intenso debate en el que convergen especialistas de disciplinas tan distintas como son la literatura, la psiquiatría, la neurobiología, la sociología, la antropología, el cine, la filosofía o la historiografía.

Desde finales de los ochenta del pasado siglo «trauma» ha trascendido el ámbito de la salud mental para integrarse en las ciencias sociales y humanas. La generalización del concepto en la producción intelectual y académica ha llegado a tal punto, tanto en lo cuantitativo como en lo cualitativo, que el trauma social se ha establecido como un campo de estudio autónomo¹ cu-

¹ FRANCISCO A. ORTEGA, «El trauma social como campo de estudios», en FRANCISCO A. ORTEGA (ed.), *Trauma cultura e historia: reflexiones interdisciplinarias para el nuevo milenio*. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2011, pp. 17-59. Ya existe, además, la disciplina de los *Trauma Studies* (y la *Journal of Literature and Trauma Studies* que puede consultarse aquí <https://muse.jhu.edu/journal/572>), o la también llamada *Trauma*

yas preocupaciones centrales giran en torno a una pluralidad de problemas que abarcan desde asuntos ontológicos (¿cuál es la entidad del trauma psíquico? ¿es un fenómeno exclusivamente interno, un evento que acontece en el mundo externo, o quizá una combinación entre ambas opciones?), hasta cuestiones epistemológicas relacionadas con la naturaleza incognoscible del evento traumático, las vicisitudes de la memoria asociada a este y el papel de esta última en la formación de identidades individuales o colectivas. Todas estas problemáticas, entre las que también habría que incluir otras de índole moral ligadas al deber del reconocimiento social para con las víctimas, son hoy objeto de discusión en innumerables congresos y publicaciones, e incluso han propiciado la creación de institutos propios de investigación.

Más allá del mundo académico, además, nuestras sociedades parecen instaladas en una especie de *cultura del trauma*. La actual circulación pública del término en sus diversas variantes (estrés postraumático, ataque de pánico, etc.) hace que se encuentre hoy también en la cotidianidad misma para describir situaciones de angustia, agitación o estrés. Eric Laurent atribuye esta situación a la falta de profundización en la problemática de la causa, resultado de la posición psiquiátrica hegemónica que tiende a prescindir de hipótesis explicativas sobre el origen y los mecanismos asociados a las patologías mentales, y a resaltar, en su lugar, la importancia de la metodología descriptiva de síndromes o conjuntos de síntomas inscritos todos ellos bajo el término «trastorno»². A partir de la edición de 1980 del *Manual Diagnóstico y Estadístico de Trastornos Mentales* de la Asociación Americana de Psiquiatría (DSM-III), la nosología psiquiátrica se organiza en torno a un sistema clasificatorio de enfermedades que, como algunos sostienen, convierte los problemas cotidianos en categorías diagnósticas de acuerdo a determinados supuestos dados por una taxonomía superficial de síntomas tendente a la disolución de las entidades clínicas que nos permiten mantenernos en los parámetros teóricos de una clínica estructural³.

Theory, asociada a la obra de Caruth, Felman y Laub. Véase Susannah Radstone, «Trauma Theory: Contexts, Politics, Ethics», *Paragraph*, 30, n.º 1, March, 2007, Edinburgh University Press, pp. 9-29.

² Eric LAURENT, «Hijos del trauma», *La urgencia generalizada: la práctica en el hospital*. Buenos Aires, Editorial Grama, 2004.

³ Héctor GONZÁLEZ y Marino PÉREZ, *La invención de trastornos mentales. ¿Escuchando al fármaco o al paciente?* Madrid, Alianza Editorial, 2007.

De modo que, tanto por el hecho de que el trauma social se ha instituido en una suerte de disciplina autónoma que convoca a su vez una gran disparidad de saberes y facilita el cruce entre diferentes disciplinas, como por el de la confusa y abusiva introducción del término «trauma» en el discurso popular y su consiguiente degradación científica, podemos afirmar que estamos ante un fenómeno de absoluta actualidad que necesita una clarificación conceptual y busca una nueva comprensión. Ahora bien, siendo imposible abordar la ingente cantidad de problemas que, desde diferentes aproximaciones, atraviesan y estructuran los estudios sobre el trauma, el objetivo del presente libro se limitará a estudiar el desplazamiento del concepto del campo psicoanalítico a la semántica histórica desde una perspectiva primordialmente histórico-conceptual.

Esto quiere decir que no nos ocuparemos de analizar o responder al sinfín de problemáticas que el uso del concepto entraña en las ciencias sociales y humanas. Más bien, nuestra intención será constatar que el cambio sustancial y gradual en la estructura semántica del concepto de trauma desde finales del siglo XIX hasta la última mitad del siglo XX no es una cuestión meramente lexicográfica, sino que el estudio de tal nomadismo conceptual permite vislumbrar el proceso histórico en el que se ha conformado la experiencia social de la temporalidad contemporánea. Aun cuando esto se acerque más a un uso metafórico que literal de los términos, aspiramos a demostrar que la integración de «trauma» en el discurso histórico puede entenderse como síntoma de un profundo cambio estructural, dispuesto a marcar época, en la articulación temporal de la experiencia y la expectativa.

Desde el último tercio del siglo XX la sobredimensión moderna de la esperanza sobre el recuerdo se ha visto reemplazada por una nueva configuración sociohistórica que es, en algunos aspectos, analogable a los presupuestos temporales del trauma psíquico donde un presente sobrecargado de pasado cierra sus puertas al futuro. La experiencia de un tiempo histórico que dilata el presente a causa tanto del retorno insistente de los trágicos acontecimientos del pasado siglo (la obsesión memorialista), como de su revocada capacidad de proyectar promesas futuras de emancipación colectiva (el fin de las utopías), obliga a conformar una nueva epistemología para comprender las dinámicas de construcción y transmisión del pasado, en especial cuando estamos ante dichos sucesos traumáticos. La historia pierde entonces

su condición de *singular colectivo* y es hoy en día objeto de un proceso de resemantización en el que «trauma» ocupa una posición central.

2. ARTICULACIÓN Y METODOLOGÍA DE LA INVESTIGACIÓN

A pesar de que trauma se convierte en un concepto crucial para el diálogo interdisciplinar a partir del pensamiento posterior a la Segunda Guerra Mundial, el cambio semántico sustancial que dio origen a su historia conceptual se remonta a finales del siglo XIX, cuando el término elevó su estatuto de categoría médico-quirúrgica a concepto psíquico a partir, principalmente, de las aportaciones freudianas al debate psiquiátrico de finales de 1880. Así, lo que nos ocupará en la primera parte del presente trabajo de investigación será reconstruir el conjunto de la teoría freudiana siguiendo la evolución semántica de la noción de trauma en el interior del edificio psicoanalítico. Nuestro propósito será mostrar que, tanto a nivel conceptual como a nivel clínico, la noción de trauma acogió, desde los *Estudios sobre la histeria* (1895) hasta *Moisés y la religión monoteísta* (1939), todas aquellas transformaciones relativas al síntoma, el inconsciente y el proceso de constitución del sujeto que se fueron sucediendo a lo largo de la vida y obra del ilustre vienés, aprehendiendo, asimismo, los diferentes contextos epistémicos e históricos en los que esta se inserta.

Mediante el escrutinio de la cuestión del trauma en Sigmund Freud se pretende constatar no únicamente que sus contribuciones fueron más que decisivas para culminar el proceso de psicologización del concepto, llegando incluso a establecer un modelo sobre el trauma cuyos parámetros temporales, que siempre dependen de la combinación de una diacronía sustentada en huellas pretéritas de la infancia y una sincronía que opera en la producción de lo traumático, constituyen la base teórica de los estudios actuales sobre el trauma. Además, procuraremos demostrar que al final de su vida, en tiempos en los que la cultura europea asistía a su propia autodestrucción, Freud aplicó a la vida social el modelo epistemológico de temporalidad fragmentada en estratos activos que encarna el trauma psíquico en el plano individual, convirtiendo así al psicoanálisis en un modelo histórico-temporal del que se nutren gran parte de los análisis históricos y memorísticos contemporáneos sobre los usos del pasado.

En la segunda parte de la investigación, de temática muy diferenciada, atenderemos a la semántica histórica elaborada por Reinhart Koselleck a propósito de su estudio de la *Sattelzeit* (1750-1850). Nuestro principal cometido será ilustrar en qué medida un estudio histórico enfocado semánticamente revela que los cambios conceptuales pueden entenderse como respuestas lingüísticamente condensadas a desafíos históricos inscritos, asimismo, en determinaciones extralingüísticas que posibilitan y conducen toda historia posible. La investigación semántica deviene entonces en una suerte de metahistoria que se apoya preminentemente en dos categorías cuya relación determina la articulación del tiempo histórico: *espacio de experiencia* (antes, pasado) y *horizonte de expectativa* (después, futuro).

En la medida en que en las últimas décadas han aparecido nuevos conceptos históricos («duelo», «culpa», «catástrofe») a la par que ha tenido lugar la resemantización de otros tantos («historia», «memoria»), nuestro objetivo será mostrar que las traumáticas experiencias históricas de los totalitarismos y los genocidios condensadas en el corto y trágico siglo xx conllevan una gramática temporal bastante distinta de la que se desprende de los análisis de los *Grundbegriffe* modernos, todos los cuales registraron, a la par que propulsaron, el proceso moderno de aceleración futurocéntrica propiciado por la emancipación del futuro respecto del pasado. Desde los últimos años del siglo xix hasta mediados de los ochenta del pasado siglo tuvo lugar otra transformación no menos drástica que la acaecida en la *Sattelzeit*. Los conceptos paradigmáticos de la cultura contemporánea incubados en este nuevo umbral histórico (1880-1980) indican la cristalización de una experiencia temporal que ya no apunta a la planificación utópica del futuro, sino al estancamiento y la distopía; que ya no es lineal, sino multidimensional; y que ya no es sucesiva, sino recursiva. En la conclusión al trabajo de investigación valoraremos la posibilidad de que «trauma» sea uno de estos conceptos.

Inscribimos esta investigación en el marco teórico de *Begriffsgeschichte* koselleckiana en al menos tres sentidos diferentes. En la medida en que trauma es un concepto que remite a distintos objetos en diferentes momentos y se vincula con problemas, usos y dominios variados, en la primera parte de la tesis emplearemos la historia conceptual como herramienta metodológica para sortear dos escollos hermenéuticos: violentar el complejo y cambiante campo conceptual en el que Freud va construyendo su obra, y naturalizar el concepto

de trauma en los diferentes momentos del proceso de edificación de la teoría psicoanalítica, como si este poseyera una esencia metafísica eterna capaz de estar en posesión de una vida autónoma. En segundo lugar, emplearemos la historia conceptual como diagnóstico del teleologismo progresista moderno, así como de su crisis y posterior sustitución por un nuevo *régimen de historicidad*. Por último, será asumiendo el concepto de «concepto fundamental» [*Grundbegriff*] que hay en Koselleck, y atendiendo al debate académico actual sobre la necesidad de actualizar el programa de la historia conceptual para que pueda ser aplicada a la historia del siglo xx, como se investigará la posibilidad de que trauma sea un concepto histórico del siglo xx.